

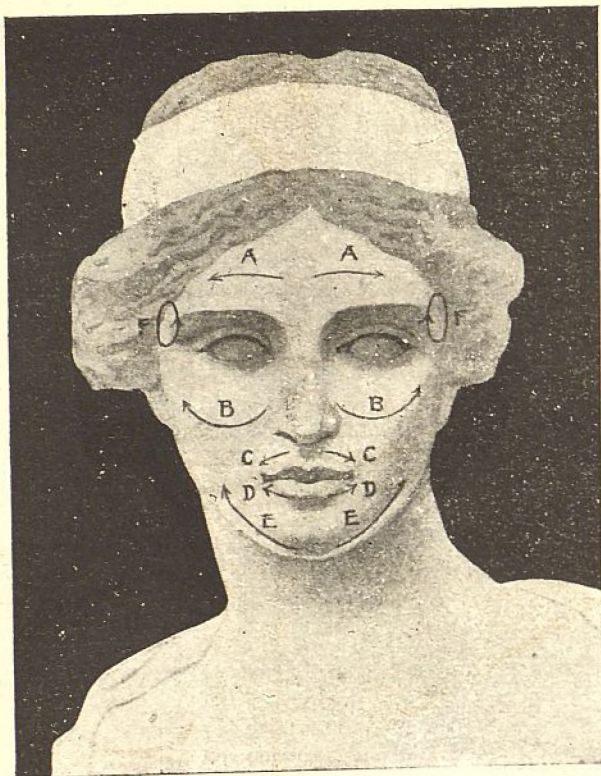
BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

—Oye, papá; ¿por qué esos señores llevan el automóvil cambiado?



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

6.—Exclamación.

RA LETRA GRIEGA ZA

9.—Artista.

1000 1001 1000

11.—Haragán.

DU ORACIÓN RO

7.—Canción pesadita.

Tiene relativo 6 a to N
Tiene relativo 6 a to J
o a j u o w / f o p a s d e s e ñ o r a
Relativo Mayo 18255050
Opereta Proyectil Esposa



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

12.—Elección resignada.

Pulgar índice
Guerra Peste
Benjamín

8.—En los grandes ríos.

FRUTA
TELA
O

13.—Pauta.

Ilam Q ada

10.—Charada.

—¿Qué tienes en ese *primera cuarta*
que casi me lo he roto al ir a coger
un *tercera cuatro*?

—Por hacer eso debían haber *se-
gunda todo*.



CREMA
Polar

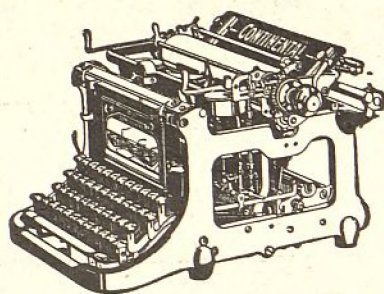
Para la limpieza de los dientes — Cura
el dolor de muelas — Evita el sarro.
Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a
toda solución que se nos
remita con destino a nues-
tro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de
agosto.

La máquina de escribir **CONTINENTAL** es la predilecta.



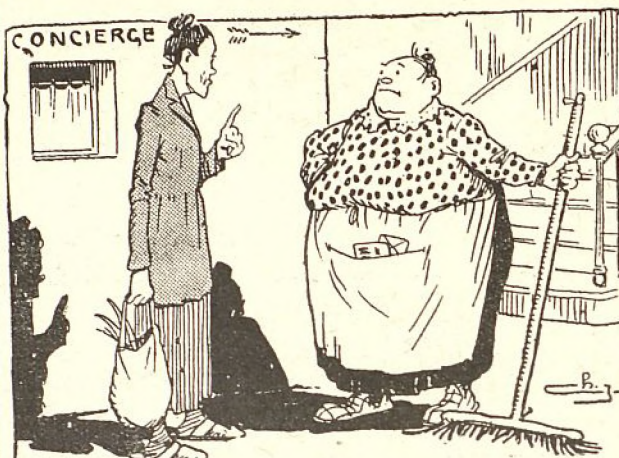
Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
BARCELONA.-Clarís, 5.
VALENCIA.-Mar, 8.
BILBAO.-Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA.-Quiat, 7.
SEVILLA.-Rivero, 7.
TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir **CONTINENTAL**, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



—No se asuste usted, señora Liboria; con una enfermedad al corazón se vive mucho tiempo.

—Sí, señora; pero es que la enfermedad mía es cardíaca.

(De Pèle Mèle, París.)



DELICIOSO ES AFEITARSE CON
LATHERKREEM
SIN BROCHA, TAZA NI JABÓN

Tubo, 3,75; tarro, 7 ptas.
EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS
Concesionario: PEDRO SUÑER. — Sicilia, 29. BARCELONA



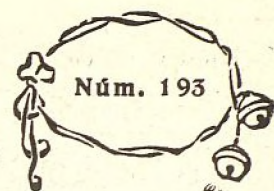
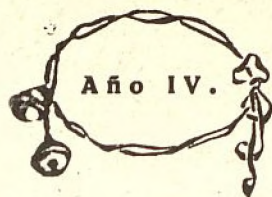
RICE SU CABELLO
sin temor de que el aire o el
agua lo desrice. Use usted el

Rizador Intea

en su propia casa con toda comodidad y economía. De venta en perfumerías y droguerías.

LOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER Y COMPAÑÍA
SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.



SILUETAS A PLUMA

MI SERENO



NUNCA tuve el vicio de acostarme temprano. Mis costumbres son, no obstante, bastante buenas. Y digo *mis costumbres* y no *mis hábitos*, porque este *cura* no ha vestido hábitos jamás.

Más que nada, gusté de recogerme tarde por amor a las estrellas. ¡Ah, las estrellas! Cuando pequeño, mis diabluras no tenían más razón que mi deseo de contemplarlas en pleno día, gracias al esplendoroso bastón de mi papá. De mi amor a ellas, siendo yo mayor, pueden responder mis sonetos —que conservo a disposición de ustedes— a la Chelito, la Goya y Raquel Meller.

Gracias a mi inveterado afán de acostarme tarde, he podido conocer a fondo a mi sereno. ¡Magnífico ejemplar! Digno de ser estudiado, más que por mi humilde persona, por Odón de Buen o por el mismo Buffon, que resucitara.

Mi sereno no es gallego. Todos los serenitos son gallegos, como todos los andaluces son graciosos, y todas las morenas ardientes, y todas las rubias, soñadoras... Pero mi sereno es una excepción. El será, como hombre, todo lo vulgar que ustedes quieran, pero como sereno, es un sereno excepcional.

Las relaciones entre mi sereno y yo son muy cordiales. Al principio de yo habitar la casa que actualmente ocupo, no dejó de llamarme la atención su conducta, inexplicable entonces para mí y que luego pude comprender.

Llegaba yo, daba dos palmadas, y acudía él. Su llegada era grave, correcta,

aunque no efusiva. «Buenas noches» —decía él—. «Buenas noches» —respondía yo—. Sacaba él la velita, la encendía y me la entregaba. Yo le daba diez céntimos. Mi sereno entonces perdía su serenidad y sutiesura. Al decirme *gracias* le temblaba visiblemente la voz. El saludo con que me recibía, no podía compararse en modo alguno con la despedida. Esta era más cariñosa, más larga, más trémula, más acariciadora. Luego acostumbró al nuevo inquilino y a la nueva moneda que recibía.

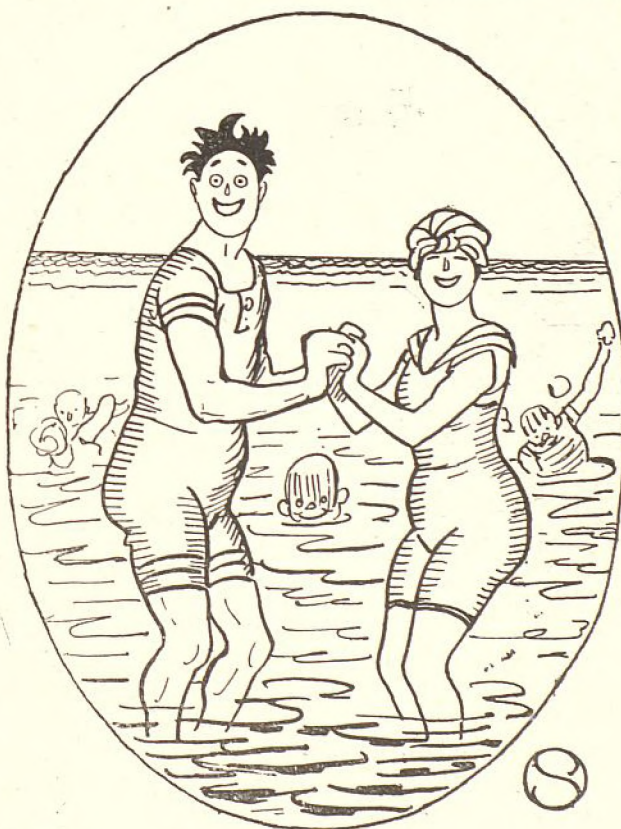
Mi sereno —lo adiviné una noche en

que inflado de vanidad, le dije que yo era escritor— no es partidario de los literatos. De otro modo no se explica su proceder. Todo sereno tiene la obligación, la ineludible obligación de acudir una hora después que se le llama. Obrando así, se justifican los cien mil artículos que se han trazado sobre la tardanza del sereno. Yo tenía planeado un drama, en que el protagonista acudía, dadas las doce de la noche, a casa de su novia, muerta de un ataque cardíaco. Frente a la morada de la muerta, el desgraciado amante llamó impaciente, durante dos horas, al sereno. Este no acudió. Y el pobre enamorado, lleno de emoción y de zozobra, murió al fin de una pulmonía fulminante. El público veía desfilar los cadáveres de los dos amantes en un mismo ataúd. En el cuarto acto, el sereno perecía linchado por la plebe.

Ese drama magnífico —que brindo a Juan José Lorente— malogróse por culpa de mi sereno. Mi sereno, que algunas veces se retrasa, acude generalmente con presiteza. Bien sé que es una excepción, mas el cariño que le profeso me impide escribir mi obra. Porque, a pesar de todo, yo quiero a mi sereno.

¡Qué horror si una noche, mientras ejerce su profesión, me lo atropellase un *auto* o me lo matase una impía ráfaga de aire! ¡Sería espantoso! Yo llamaría, y él no acudiría. Esa noche mi sereno sería un sereno de literatura. Pero, ¡ah! al día siguiente, nos enterrarían a él y a mí. Y acaso nos metiesen en un mismo féretro, como al novio y la novia de mi drama...

Y basta ya, lector. Porque veo que estás perdiendo la serenidad...



Dib. SILENO.—Madrid.

DIEGO PRADO DEL ÁGUILA

MI VIAJE DE VERANO

El rápido de Irún acaba de partir, rumflando asmáticamente, de la estación del Norte. Yo, que por no estar muy acostumbrado a viajar, me gusta ir viendo el paisaje, he llegado a la estación dos horas antes de la señalada para salir el tren, y gracias a esta inocente precipitación, he podido instalarme junto a una ventanilla, desde donde al mismo tiempo que contemplo las agrestes llanuras de Las Rozas y los agrios peñascales de Torreldones, examino furtivamente a mis compañeros de viaje.

Son estas personas muy meritorias y de viso. Han ido entrando por parejas —matrimonios, parentescos o simples amistades— y han roto en seguida las leyes de la etiqueta para presentarse mutuamente y charlar por los codos. A mí, sin embargo, no se han tomado la pequeña molestia de saludarme. Se limitan a mirarme de reojo, con cierta malevolencia. No soy de su agrado. Quizá me odien, por ocupar un sitio tan preferente como la ventanilla.

Unos y otros se cuentan de dónde son, adónde van y lo que se proponen hacer durante el verano. El señor gordo de la panza insolente sobre la cual se balancea un pesado dije de brillantes, vive en la calle de Claudio Coello y va, con su hija, a Cestona. La seño-

ra remilgada y seca que nunca deja de la mano el saco de viaje por la natural sospecha de que se lo robemos, habita en el boulevard de Alberto Aguilera y va a San Sebastián, con su respectivo pimpollo, también notablemente seco y amojamado. Un caballero pecosco, calvo y burlón va a Biarritz. Una dama cenicienta y alicaída se dirige a Zarauz... Yo, que modestamente voy a Valladolid, no me atrevo a confesarlo y callo, rojo de vergüenza. Verdaderamente, resulta un poco desairado ir a Valladolid en un tren en el que todos los viajeros van a Cestona, a San Sebastián, a Biarritz, a Zarauz...

Mis compañeros de viaje han debido de comprender cuán insignificante y humilde es mi veraneo, por cuanto me dirigen, sin recatarse ya, sendas miradas despectivas. Yo continuo callado, y para disimular y hacerles creer que no me doy cuenta de su descortesía, contemplo el paisaje, que nada tiene de bello. Una llanura pelada y verdinegra; unos matojos raquíticos; un rebaño cerca; otro rebaño lejos; otro rebaño más allá... La poesía bucólica no se ve por ninguna parte. Salicio y Nemoroso han desaparecido, cansados de soportar la pesadumbre de su indecristible aburrimiento...

Pasa media hora y un empleado del

tren, mozo estirado y ceremonioso, surge ante la puerta del vagón.

—¿Van a comer los señores en el restorán?

Y al preguntarlo, exhibe en su diestra un lápiz y en su siniestra un cuaderno de notas.

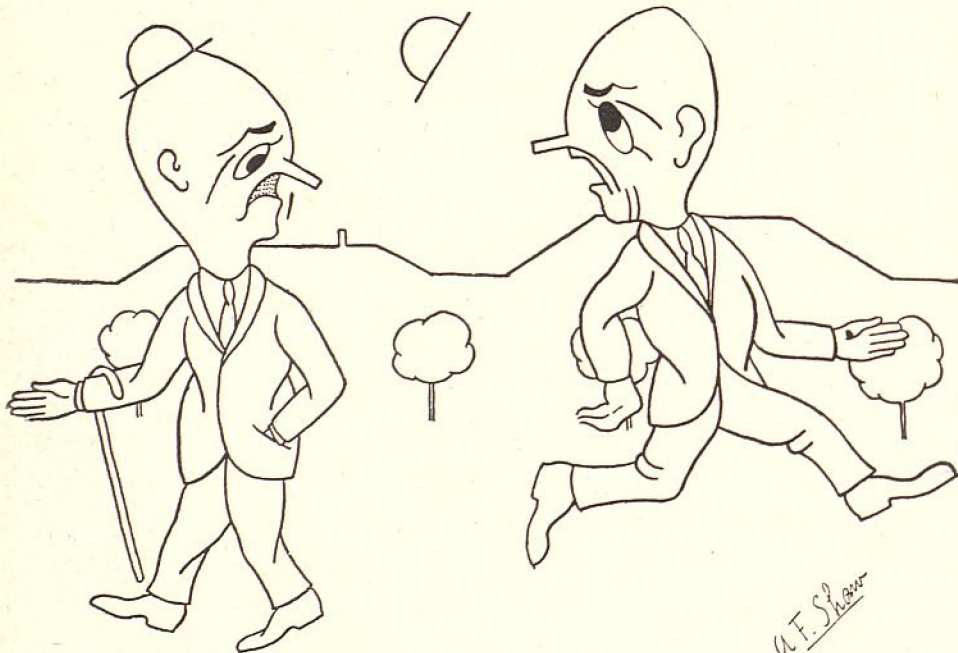
Mis compañeros de viaje se apresuran a inscribirse. Todos van a comer en el restorán, y todos en la primera tanda, que es la más elegante y concurrida. Yo soy el único que no va a comer en el restorán. Comeré en Valladolid, adonde llegaremos antes de las dos, hora muy cómoda aún para comer con la familia, que me esperará en la estación. Me niego, pues, a comer en el restorán. Sin embargo, esta negativa me produce una terrible vergüenza. ¿Qué pensarán de mí mis compañeros de viaje? «Este pobre hombre—se dirán—aprovechará nuestra ausencia del vagón para sacar del bolsillo de la americana una modesta tortilla y una raja de merluza y comerse las, furtiva y precipitadamente... Sí, ese bulto que le hace el bolsillo debe de ser la tortilla y la merluza. La tortilla será, probablemente, de escabeche y la merluza comprada ayer, estará, seguramente, putrefacta. ¡Qué porquerías comen algunas personas! Menos mal que no lo veremos»...

Todo esto quieren decir aquellas miradas inquisitoriales que me dirigen mis compañeros de viaje y que no sé cómo esquivar. Si fuese de noche, me quedaría el recurso de fingir que dormía. Debo de estar más encarnado que una amapola.

Pasa otra media hora y entra el revisor. Todos mis compañeros de viaje se apresuran a mostrarle los billetes. Quién saca un papellito verde, quién un papellito azul, quién un carnet, quién una tarjeta. El revisor examina con rapidez todos los documentos y los devuelve, sonriente, a sus afortunados poseedores. Después recoge mi billete, que consiste en un cartón amarillo, feo, triste y prosaico. Lo toma con manifiesto desprecio, lo lee escrupulosamente, se cerciora de la fecha en que está expedido, del número que tiene, de los taladros que muestra, y sin mirarme siquiera, me lo devuelve con la mayor displicencia y se va...

En el vagón estalla una jocosa algarabía. Mis compañeros de viaje se comunican entre sí la procedencia de aquellos papellitos azules o verdes, de aquellos carnets, de aquellas tarjetas misteriosas. Todos tienen autorización, rebaja, pase. Yo soy el único que lleva billete ordinario. Al comprenderlo así, vuelven a mirarme agresivamente. Y yo vuelvo a ponerme como una cereza...

MARCIANO ZURITA



Dib. SHAW.—Oslo (Noruega).

- ¿A dónde va usted tan corriendo?
- A evitar que se peguen dos.
- ¿Quiénes?
- ¡Ese que viene detrás y... yo!



ORGULLO PROFESIONAL

EL ARTISTA.—*Yo, an igo_mfo, soy hijo de mis obras!*

Dib. AREUGER.—Madrid.

PALIZA MACABRA CUENTO ANDALUZ

Cayetano Reyes Ponce, alias el Viri, para servir a Dios y a ustedes, era un excelente maestro ebanista cuando estaba en sus cabales, pero cuando se tomaba dos chatitos o tres o treinta mil, tenía lo que se dice *guasa*.

Una aclaración; lo que se dice *guasa*, en mi tierra, *guasa viva* más propiamente, no es ironía ni gracejo, ni donaire, sino todo lo contrario: tener *guasa* es tener «mal angel», ser un pesado, un desaborido, (¡¡sús qué palabra más fina!) *Esaborío* quiero decir y está mejor dicho, diga lo que diga la Academia.

Bueno; pues Cayetano Reyes Ponce, alias el Viri, cuando se emborrachaba, y esto era con harta frecuencia, tenía *guasa* y le daba la *sacramenta* por ser valiente.

¡Casi nadie era Cayetano Reyes Ponce, alias el Viri!

.....
—A ver, montañé de chicha y nabo: échame otra conviá si no quieres que te corte er pescueso.

—Ya mismito. Ahí vá otro chato, y de salú sirva.

—Porque yo me corto er gañote con er más pintao.

—Sí, señor.

—Y me doy una puñalá, con er que quiera, aquí dentro, ahí fuera, o en los montes de la Luna.

—Sí, señor.

—Y vas a v rlo, pero que ya. ¿Conosés tu a Juquinillo Vega el de la espartería? Pues voy en un sarto a matarlo, y güervo.

—Vaya usted con Dios.

—Y si nó, aguarda. ¿Quién es el más valiente de Sevilla? ¿Lo sabes tú?

—Yo, no.

—Pues anda, sal, y entérate.

—Hombre, Cayetano, que son las tres de la noche y está tó cerrao y no me va a dá nadie razón.

—Eso se llama miedo.

—Sí, señor.

—Porque eres un blanco.

—Más blanco que la cal, sí, señor.

—Y tienes tu mucha jindama.

—Mucha jindama tengo, sí, señor.

Yo no soy un valiente como usted. Yo de un ratón es, y me asusto. Veo una bronca y ya me tiene usted sin sangre en las venas. Vamos: ¿vivir yo donde vive mi compañero, el que despacha aquí de día? ¡Ni aunque me dijeran que me iba a encontrá en la casa un tesoro escondío!

—Ojé tú: ¿dónde vive ese nene?

—Quite usted, hombre: en un ventorro que está más allá del Cementerio. El gachó sale de aquí a las diez de la noche y llueva o ventée se va pa su choza, y pasa tan girocho rozandito por las tapias del Camposanto, que ya me podrían empedrá a mi la vereas con moneitas de a cinco duros, que no pisaba una.

—¡Mandria, que eres un mandria!

—Sí, señor. Yo con los muertos no quiero nada. Me infunden muchísimo miedo, Cayetano.

—¿Pero es que tú te crees que los muertos están vivos?

—Yo no me creo ná, ¿sabe usted?,

pero esas historias de fantasmas, apariciones y almas en pera, algún fundamento tienen.

—Hombre, m'has dao una idea, galán. Ya m'ha caído faena esta noche.

—Cayetano: ¿qué va usted a hacer?

¡¡Cayetano, que está usted borracho!

—Borracho o fresco o como sea, esta noche me voy yo al Cementerio, a vé si resusita un muerto con ganas de bronca. ¡Pos no me tienen a mí los muertos mu jarrito, ni ná!

—¡¡¡Cayetano!!!

—¡Que sí, hombre, que sí! Que con el aqué de que son muertos, se pasan la vía asustando a la gente... ¡Y voy yo esta noche a asustarlos a ellos!

—¡¡¡Cayetano!!!

—Que les quito er tipo y ná má. Espérame que en seguía güervo.

Y *bordando la calle* salió Cayetano el Viri, camino del Cementerio, donde llegó, tosió, se apretó la faja y empezó a gritar desaforadamente ante la cancela cerrada.

—¡Ea; muertos, ya estoy aquí yo!

¡A vé si me asustais a mí! ¡A las mujeres y a los chiquillos *asustaréis ustedes!* ¡Sinvergüensas, que seis tós uncs sinvergüensas! ¡Salí aquí fuera, que mato ar que sarga! ¡Andá, cobardes, liarse en la sabanita, ponerse er puchero en la cabeza y venirse pa mí echando fuego fatuo, que no voy a dejá un muerto vi-o! ¡¡Que sarga un muertoooooo!!!...

Uno de los enterradores que por ser ve-ano y tocarle de guardia dormía tras la cancela, despertó a las voces del Viri, supuso, la verdad, que era un borracho quien así desafiaba a los difuntos y pretendió coger de nuevo el sueño.

Pero, ¡sí, sí! Cayetano seguía gritando a todo pulmón:

—¡A ver, un muerto! ¡Que resucite un muerto! ¡Estos muertos son unos indeseantes! ¡Aquí no hay un muerto que venga dos reales! ¡¡Que sarga un muertoooooo!!!...

—Vaya, voy a darle un recaó a ese, dijo para su capote el enterrador, y cogiendo una tranca, salió por una puercecilla lateral y sin decir oste ni moste, le dió a Cayetano una de las más soberanas palizas que registran los anales de las tundas bien dadas.

Cuando nuestro *valiente* pudo *coscarse*, echó a correr desolado, y no tardó cinco minutos en llegar a la taberna que distaba del Cementerio su buen cuarto de legua corridito.

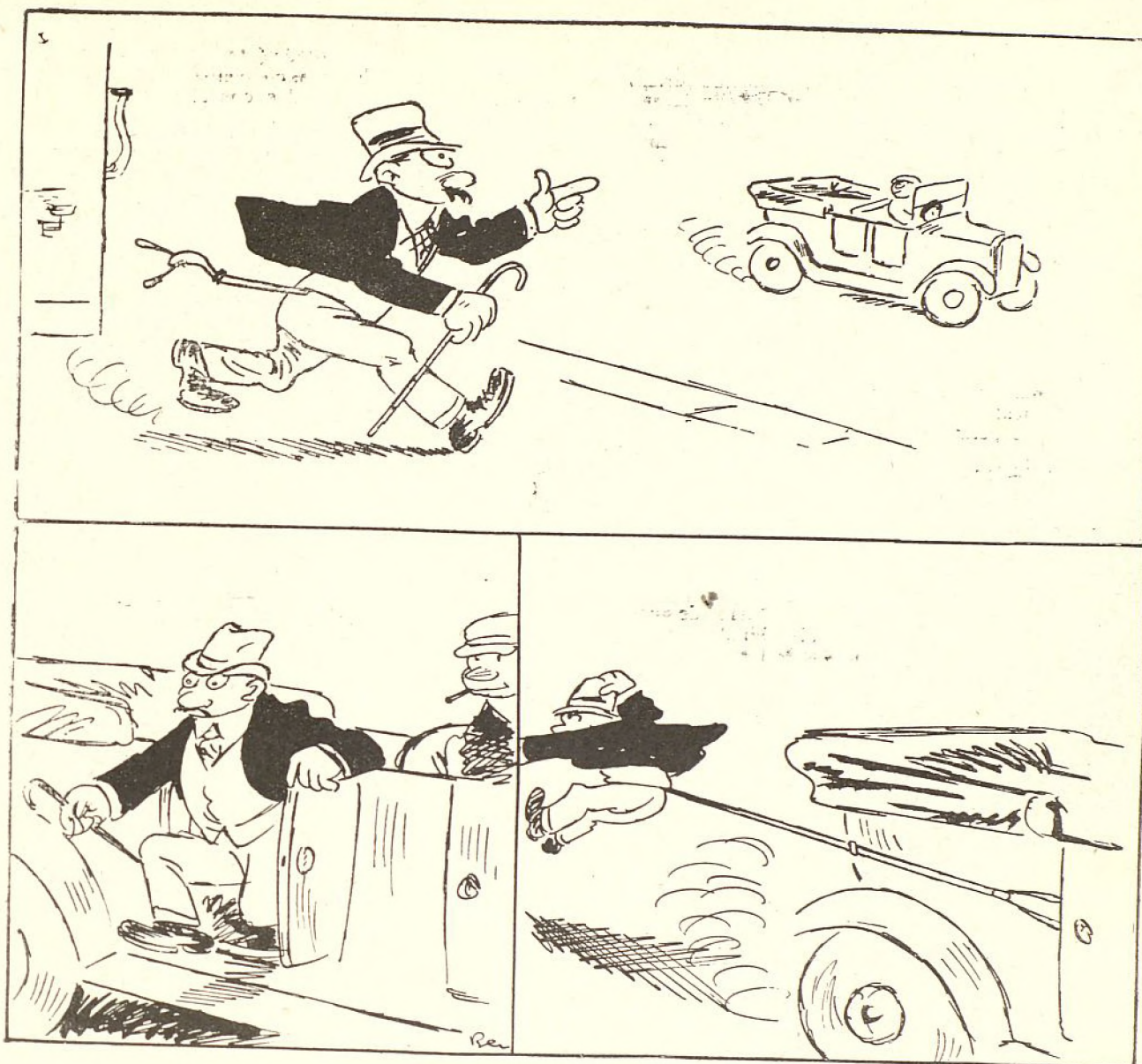
¡Y cómo llegó! El sombrero ya no era sombrero; tenía una forma rara; una cosa así como una cresta; la americana, partida en dos por detrás, parecía dos alas, la faja roja, arrastrándole, simulaba una enorme cola... Era



Dib.
BURAÑES
Alicante.

—¿Y por qué habéis reñido?

—La cosa viene de muy atrás. Asuntos de familia... la cosa trae cola... y claro, ¡nos agarramos!



Dib. BEGSTRON.—París.

LOS TIRANTES DE MONSIEUR «DUNLOP»

un pájaro. Traía sudores de muerte.

—¡Agua, dame agua!

—¿Qué ha sido eso Cayetano?

—No lo vas a queré creé. Un muerto que m'ha hecho cara y m'ha dao una de palos... ¡Dame agua, hombre!

—¿Pero usted no se defendió?

—¿Pero cómo me iba a defendé, si el arma mía era un arma en pena?

—¿No será una ilusión de usted Cayetano? ¿No desía usted que los muertos no resucitaban?

—Eso creía yo y me cegué desafiándolos a tós. Pero, camará, sartó uno las tapias con ganas de arrimá candelá... Verás cómo fué.

—No; no me cuente usted cosas de los difuntos que se me pone la carne de gallina.

—Pues verás: llegué y así que llegué...

—Que no, hombre, no me diga usted ná, que después me paso una semana sin dormí.

—Yo lo que quiero decirte es que...

—Y yo lo que le digo a usted es que si es verdá eso que le ha pasao a usted con los muertos es pa contarlo en los papeles, pero si tó es un cuento de usted pa meterme a mí miedo, tiene el cuento mucha *guasa*.

—Lo que tiene *guasa* es que los entierran con bastón.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

ESPAÑA ES UN MUSEO

¡Qué gran imprudencia la de recordar, días pasados, en un diario, la frase de un crítico francés, al que se le ocurrió decir que *«España debería estar guardada y conservada como un museo»!*

Gran imprudencia, porque en estos tiempos bien escasos de libertades, podemos atraer la atención de los gobernantes sobre esta frase y hacerles suponer que, realizada la utopía, pueda ser una fuente de ingresos nada despreciable y un enderezamiento de nuestras costumbres relajadas de país díscolo, lleno de descontentos.

Se empezaría por poner un precio de entrada a España, un precio de museo, proporcionalmente elevado, aunque los días festivos se permitiera la entrada gratuitamente.

No sólo sufrirían esta molestia los extranjeros, sino la de dejar, además, el bastón y el paraguas en la frontera. En ningún museo se permite entrar con bastón. Se les prohibiría fumar y tocar los objetos, igualmente, y se les rogaría que se limpiasen los zapatos en el felpudo, antes de entrar.

En cuanto al régimen interior, la dirección del Museo y el Patronato, nombres que adoptaría el gobierno, se tomarían muchas medidas, una vez considerada la nación como un museo

y los monumentos y ciudadanos como objetos pertenecientes al mismo, salvo los considerados como dependencias.

Todos seríamos catalogados concienzudamente, y a cada uno se nos destinaría a una población (denominadas *sales* las poblaciones), y agrupados por analogía de origen o de nombre. La sala de los López y de los Sánchez, como en los museos, la de los Goyas y los Ticianos.

Asimismo, habría secciones de oficios y actividades, llamadas *colecciones*. Cada nacimiento sería considerado como un legado, y se procedería a su catalogación, sin darle colocación definitiva.

Para poder circular libremente llevaríamos en nuestras solapas el número y la ficha correspondiente. «Número 1384769. Fulano de tal. Empleado. Natural de Cádiz. Casado. Sabe leer y escribir, etc». Así, los extranjeros, visitantes y copistas, no tendrían más que echarnos una ojeada, para ver si se trataba de una pieza curiosa o no.

Una de nuestras colecciones más visitadas, serían las de hombres de talento (sabios, músicos, escritores, pintores, arquitectos, etc.) y la de los de menos talento, empleados, obreros, comerciantes, etc.), sin dejar tampoco

las demás (políticos, militares, frailes, toreros, coupletistas, etc.), que serían estudiadas con atención por algunos visitantes.

A las cinco sonarían los timbres, quedando el museo cerrado al público, y los objetos catalogados en su sitio. En seguida, se apagarían las luces y se montaría el servicio de vigilancia nocturna.

Se cuidaría mucho, reglamentándola estrechamente, la salida de objetos catalogados fuera de España, como hoy se hace con las obras de arte. Aun así, no faltarían naciones que, igual que hoy se envanecen de poseer Grecos y Velázquez en sus museos, se gloriarian de poseer *españoles maestros*. París, por ejemplo, no dejaría de cacarear que tiene a Zuloaga, a Unamuno, a Falla, a Anglada, a Blasco Ibañez, a Raquel y a otros muchos.

Nuestro comportamiento, como piezas de museo, sería muy vigilado. Cada uno estaría en su sitio, como debe ser, y no se metería donde no le llaman.

Los lunes se destinarían a la limpieza.

En cuanto a los monumentos, el cambio no ejercería en ellos tanta influencia como en nosotros. Se los enseñaría, como ahora, por medio de hombres de gorra galoneada que lucirían siempre delante de los extranjeros, haciéndoles notar los detalles más nimios, como el de el b. rro pintado que mira a todas partes, el de la tela pintada, que parece de veras y lo que dijo un rey, al ver tal cosa o tal otra, cuando estuvo.

Hombres como esos, pueriles y con gorra galoneada, enseñarían a los ciudadanos catalogados.

—Aquél se mete el dedo en la nariz; ese otro hace juegos de manos sin que se le note la trampa; aquél de allá, fíjense ustedes, el tic nervioso que tiene.

Todo esto pueden muy bien ser fantasías, pero acaso la realización está más cerca de lo que parece.

Véase cómo las autoridades han mandado poner en los locales públicos un cartel en que se prohíbe escupir en el suelo.

Esto parece un detalle sin importancia, pero no lo es. Antes, ¿dónde era el único sitio donde se nos prohibía escupir? En los museos, ¿no?

Pues, a lo mejor, esto es el principio del fin, y dentro de cien años, todos catalogados.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Del Río. — Barcelona:

—¡Son ustedes unos impertinentes!

—Perdón, señorita, pero no somos impertinentes. ¡Somos gemelos!

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

COSAS DE MI VIDA

EL DIA QUE ME SUICIDÉ POR AMOR

Todo nos demuestra que en Egipto se creía en el alma. En el «papiro» de Ebers se lee que cuando alguien de aquella dulce tierra del Nilo ponía en duda la existencia del alma, moría de un modo rotundo a manos de sus compatriotas.

Grecia, pueblo esencialmente espiritualista, tenía del alma una idea elevada, pero poco sutil. Y, así, nadie ignora que se la expresaba por medio de la palabra *psique*, que en castellano significa mariposa.

El cristianismo trajo la acepción de *pneuma*, que es el espíritu. Porque el espíritu y el alma son cosas distintas, desde el momento en que el espíritu quiere decir: «el alma en movimiento».

El lector se hallará un poco absorto y ligeramente turulado al verme jugar al golf en el campo de la metafísica. Tal vez esto no le extrañe demasiado cuando sepa que ayer me caí rodando por la escalera de casa y me dí un fuerte golpe en el recipiente craneano que utilizo para ponerme el sombrero. A consecuencia del traumatismo, las ideas se me han hecho una madeja y pierdo el hilo con frecuencia espantable.

Sin embargo, era necesario comenzar esta satinada página de mi vida con una disquisición sobre el alma, porque en el hecho horrendo que voy a contar, como si fuera una gruesa de botones, el alma tiene una importancia colosal.

Pero ahora pienso, ¿acaso el alma no interviene en todos los sucesos de alguna trascendencia? ¿Acaso la inmutabilidad de lo psicológico no es un eje social? ¿Acaso no hay una euforia, absolutamente alejada de la helénica ataraxia, que nos sobrecoje el ente anímico y nos destroza el equilibrio energético? Creo que sí. Entonces no hay por qué asegurar que los trenes españoles llegan siempre con retraso.

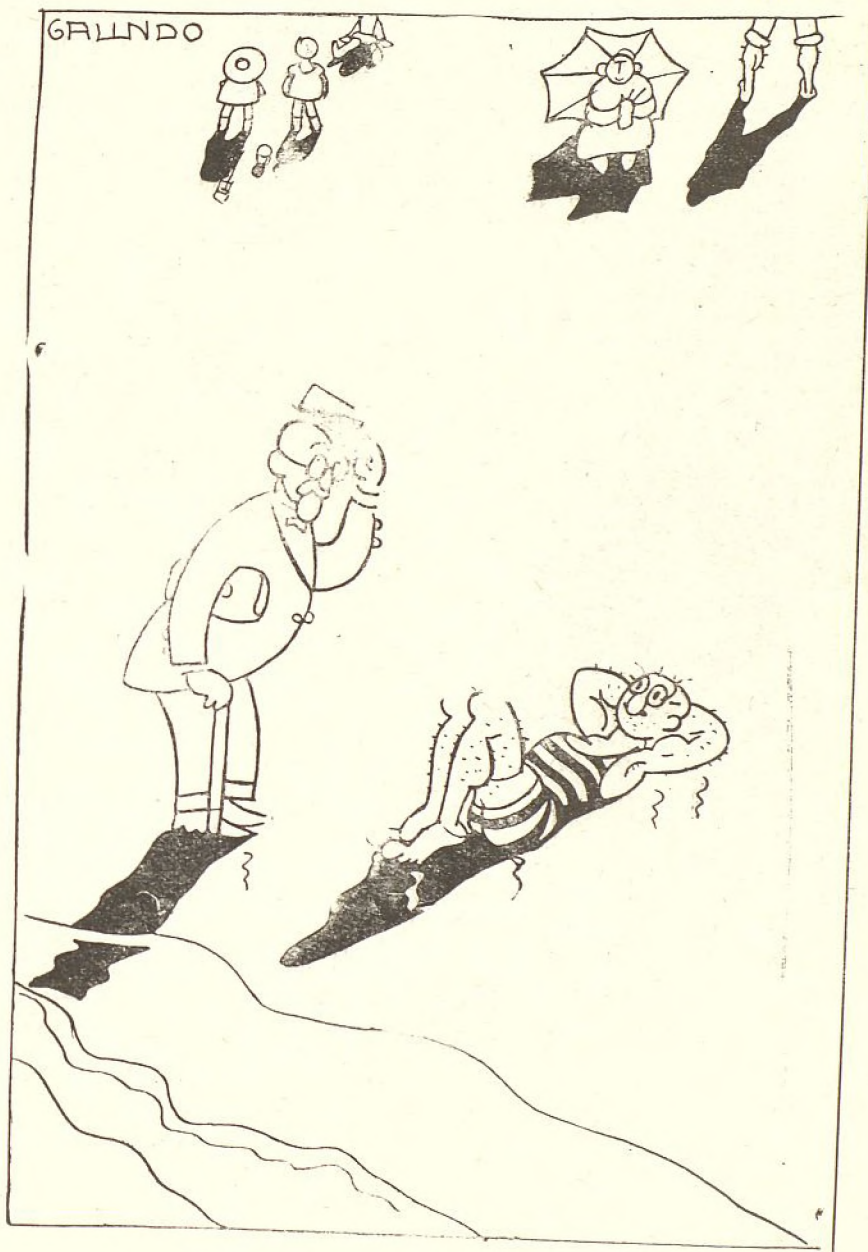
Y ya que el lector ha quedado convencido de la firmeza de mis ideas psicológicas y de la importancia que el alma tiene en la vida, voy a pasar a narrar el episodio que me he propuesto dar a conocer al gran público.

Me enamoré hace años con esa furia provenzal propia de los hombres que han vivido mucho tiempo en casas de huéspedes. La necesidad del hogar es más apremiante en ellos que en ningún otro. ¿Qué es un hogar? Yo podría extenderme en una divagación filosófica que diera luz de acileno sobre esa pregunta, pero me está esperando el sastre para probarme un chaquet y para probarme que no se resigna a no

cobrar una cuenta atrasada y no tengo tiempo. Imagine cada lector lo que quiera con respecto a lo que es un hogar.

Decía que me enamoré. Aquella mu-

jer, que poseía la gracia inconsútil de una verbena con tómbola y tiro al blanco, que era hermosa como las Epístolas de San Pablo a los Corintios y elegante como una tienda de la



LA INTERVIU EN LA PLAYA

Dib. GALINDO —Madrid.

—Muy buenas tardes. ¿Es usted el escritor Jiménez?
—Sí, señor; el mismo que viste y calza.

Gran Vía, se agarró a mi corazón vigorosamente.

La conocí en la calle. Una tarde, paseando por la de Alcalá, noté que las mujeres me lanzaban miradas intensas. Comprendí que estaba en uno de esos momentos en que, sin saber por qué, mi belleza natural—natural de Villanueva del Arzobispo—se había aguzado hasta lo hiperbólico. Y me pavoneé con orgullo. Entonces se me acercó ella y con la mejor y más robusta de sus sonrisas, me dijo:

—Caballero... Lleva usted la americana del revés.

Al principio no entendí; luego me di cuenta de que, efectivamente, me había colocado del revés la americana, y tuve la sospecha de que quizá esa distracción—tan corriente en los hombres de verdadero genio—era la causa de que las transeúntes me dirigiesen miradas intensas. ¿Qué hacer? ¿Quitar-me la americana y volverla a su pristino estado? No era demasiado correcto

quitarme la americana en mitad de la urbe. Por otra parte, me hallaba suavemente azorado, porque el rostro de aquella criatura expresaba una chufia algo freudiana. En consecuencia, y para salir airoso de la poética situación, exclamé con un gesto encañador:

—Llevar la americana del revés es la última extravagancia de la moda, señorita. Y usted, como mujer, sabe de sobra lo mucho que la moda significa en la existencia de las personas refinadas...

Abrió sus grandes ojos con asombro y se mordió los labios, avergonzada sin duda de su ignorancia. Aquel simple detalle la convenció de que yo era muy mundano.

Todas las mujeres que me han amado coincidieron en asegurar que soy muy mundano; cada cual tiene un distintivo y el mío es el de ser mundano y el de abrir las ostras con berbiquí. Pero no divaguemos.

Nunca olvidaré el día que conocí a

mi Teófila, entre otras razones, porque, a consecuencia de llevar la americana del revés, los bolsillos interiores de la prenda se convirtieron en exteriores, y un frívolo ratero me birló la cartera con diez y seis mil pesetas y un cupón de *El Hogar y La Moda*.

Nuestro idilio duró tres años. Puedo asegurar que no hay felicidad tan grande como la que me acarició el organismo en aquellos mil noventa y cinco días. Romeo y Julieta no supieron lo que era amor, ni lo supieron Marco Antonio y Cleopatra, ni lo supieron Abelardo y Eloisa, ni lo supieron Asenjo y Torres del Alamo. Sólo Teófila, Fila, como la llamaba en la intimidad, y yo, lo supimos.

No quiero referir los cien lances apasionados en que se quemaron las teas de nuestros corazones—¡hermosa frase!—y no quiero referirlos, porque temo al lápiz ruboroso y encarnado del censor; mas sí quiero dejar asentado que nuestra pasión era inmensa, como la filantropía de ese conocido prócer, que se ha arruinado a fuerza de repartir su fortuna entre los necesitados, y que se llama Veguillas.

El amor que tenía a Teófila era tan enorme que comprendí muy pronto que no podría sobrevivirle. Y así se lo comuniqué a mi amada en una breve y exquisita poesía titulada: «A Fila» y que algunos tomaron por una indicación hecha en el momento de afeitarme con una hoja «Guillette» en mediano uso.

Fila estuvo de acuerdo en que debíamos matarnos, ya que el fin de nuestro amor había de ser una tragedia insostenible como las de Jacinto Grau.

Elegido el sitio y comprado el revólver, escribimos la carta al juez. Era bastante original. Decía así:

«Señor juez: Si le molesta levantar nuestros cadáveres, incorpórelos y es suficiente.»

Luego tomé el revólver con mano segura y, según estaba determinado, lo disparé contra Teófila. Cayó recitando unos versos de Pérez Zúñiga y murió, después de decirme dulcemente:

—Enrique, no dejes de atizarte tú ahora.

Iba a dispararme cuando me acordé de que no había pagado la suscripción pendiente de A. B. C. Y como es lógico, aplacé el suicidio; luego me dió pereza matarme.

Ahora, por las noches, el espectro de Teófila me visita. Está bastante enojada conmigo. Ayer me tiró un cenicero a la cabeza y me hizo una señal que es digna de un semáforo.



Dib. ALFRE.—Bilbao.

—¿Sabes que Pepe se ha quedado sordo?
—¡Qué suerte! Así no le podrán llamar radioescucha.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

::	::	BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO	::	::
::	::	LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allén, 23	::	::



Dib. RAMÍREZ. —Castro Urdiales.

—¡Mi pasión por usted, Lolita, es volcánica!
—¡Sí, sí, ya le veo a usted la erupción!

EL DOCTOR FERNÁNDEZ

¡Sí, señores, el doctor Fernández...

Este tío, con un apellido tan escaso y tan antimelódico, es el héroe de la historia en que voy a sumergirme voluptuosamente para darles trabajo a los cajistas y fatiga a ustedes. Lamento con todos los sollozos de mi corazón siempre sangrante que, en lugar de Fernández, no se llame Godín o Revillagigedo o Scapardini o por lo menos Regúlez; pero no hay más remedio que aguantarse, señores; el socio se llama Fernández y no nos queda otro recurso que protestar de su venerable padre, que es el que tiene la culpa de que se llame así, aunque ahora estoy pensando que la culpa es de su distinguida y longeva madre por casarse con un Fernández, en vez de haberse casado con un Camisón, pongo por doctor ilustre.

No creo que mis lectores que se llaman Fernández tomen por ofensa mi ligero desdén hacia tal apellido. No es el mío tan sonoro y arrebatador como para permitirme menospreciar a los de los demás. Lo que yo quiero decir es que un doctor que aspira a la alta poltrona de la inmortalidad, es muy difícil que se siente llamándose Fernández, igual que un guardia de seguridad no debe llamarse Ladrón de Guevara y que un cabo de caballería no debe llamarse Vela, por la obvia razón de que si es Vela no es cabo, como el otro no podría ser guardia siendo Ladrón.

Es, por tanto, importantísimo para el normal desarrollo de la vida de los individuos el apellido que ostentan. Un apellido inadecuado puede hacer fracasar toda una existencia y reducir a cero el prestigio más merecido. Si Romanones se hubiese llamado Pie de Concha, si Bergamín se hubiese llamado Hermoso, si Sánchez de Toca se hubiese llamado Romo y si Edmond de Bries se hubiese llamado Sarasate, tendríamos cuatro eminencias catástroficamente inutilizadas y sumidas en el más cavernoso e insistente choteo de la multitud.

Y esto precisamente es lo que da más valor a la historia del doctor Fernández. Este hombre, llamándose así, llegó a ser célebre y a cobrar las con-

sultas a trescientas pesetas, sin que ni un solo enfermo se riera de él, cosa que después de todo resultaba muy difícil, porque no hay ciudadano que, al soltar sesenta duros, le queden ganas de reírse en un lapso larguísimo de tiempo.

Claro es que la celebridad del doctor Fernández tuvo su base más firme en lo poco corriente de la especialidad a que se dedicó. Si Fernández aplica sus actividades a curar la alferecía, a combatir el estreñimiento o a quitar los callos, no hubiera pasado de ser un Fernández más, aunque hubiese concluido con todos los alféreces del mundo, y aunque hubiese contribuido a hacer fabuloso el negocio de explotación de kioscos necesitantes y aunque hubiese llegado a quitar los callos hasta de los escaparates de las tabernas, que es donde más daño hacen. Pero Fernández no era un doctor vulgar y comprendió que debía especializarse en algo más nuevo, en algo más deslumbrante, en algo más esrepitoso que las dolencias apuntadas. De esta decisión nació su proyecto de dedicarse al hipnotismo y de curar las más terribles enfermedades por medio de la sugestión.

¿Necesitaré decir que el éxito más estentóreo coronó sus afanes? Suponiendo que necesite decirlo, lo digo. Pero no vayan ustedes a creer que las sugestiónes de Fernández a los enfermos eran como las de otros hipnotizadores que le precedieron; no, señores, nada de eso, no faltaba más. Fernández, por ejemplo, no cogía a un enfermo del estómago y le hipnotizaba para darle una chuleta y obligarle a confesar que no le había hecho daño. Fernández no se atrevía a engañar a un cojo, sugestionándole y haciéndole creer que tenía buena pata. Fernández no empleaba el hipnotismo para hacer que un enfermo de baile de San Vito se figurase que lo que bailaba era el schotis de *Don Quintín el Amargao* y que encima le daban un premio. Nuestro doctor estimaba esa clase de sugestiónes como pestilentes supercherías que deshonoraban la Medicina hipnótica y jamás quiso encargarse más

que de enfermos realmente desesperados y de casos para los que sus compañeros no habían encontrado solución.

Citaremos, entre sus innumerables triunfos, unos cuantos de los que más atónitos dejaron a los hombres de ciencia y al público en general, y digo al público *en general* porque es costumbre, que yo bien quisiera poder decir al público en butacas y palcos; pero, en fin, creo que al público le dará igual y vamos al grano.

Presentóse una vez a Fernández un padre de familia, horriblemente deshonrado por un desliz filial y femenino. El hombre buscaba consuelo para la melancolía que le había metido en el cuerpo y en parte del alma el disparatón de la niña. Contó el caso al doctor y lamentóse de la mancha que había caído sobre la familia, y el inmenso Fernández, con cuatro pases magnéticos, realizó el prodigio más exorbitante de la historia. No pueden ustedes, por mucho que mediten, calcular la asombrosa sugestión del doctor, pero yo se la voy a hacer saber para que no mediten ni mucho ni poco. El sabio Fernández hizo creer al atribulado padre que *la mancha* era la provincia de Huesca y como al padre no le deshonoraba lo mismo la provincia de Huesca que la mancha, la curación fué cosa de diez días y la felicidad volvió al seno de la familia.

Otra vez se presentó en su consulta un joven maurista de sesenta y ocho años (uno de los más jóvenes del partido), enfermo también de atroz melancolía desde la fecha en que subió al Poder el Directorio. Este joven político estaba ya para diñarla de desesperación, convencidísimo de que el viejo régimen había irremisiblemente perdido el billete de vuelta. El doctor Fernández compadecióse densamente de la tragedia de este pobre hombre y le sugestionó, metiéndole en la cabeza la estúpida idea de que D. Antonio Maura iba a gobernar el invierno que viene. Salió el socio, radiante, de casa del doctor y lo primero que hizo fué encaminarse al domicilio de Maura para decirsele. Y para que vean ustedes lo

que son las cosas: ¡Maura se lo ha creído también y ha comenzado a decir a los demás amigos que para el invierno le parece tarde y que va a exigir que le entreguen el gobierno a principios de otoño!... Esto prueba el talento genial de Fernández que ha curado al joven maurista y que ha hecho que D. Antonio se alivie. .

Pero lo enorme, lo abracadabrante, lo meteórico, lo ciclópeo del doctor Fernández es el caso del matador de toros, Ruperto Legaña, el *Litri de Colmenar de Oreja*. Este nobilísimo diestro, integérrimo acatador del quinto mandamiento de la ley de Dios, acudió al doctor en busca de remedio para sus males. Se hacía cisco de miedo cada vez que liaba la muleta delante de un morucho, e indefectiblemente el toro quedaba vivo del todo y él casi muerto de la paliza que le otorgaba el bovino

al percatarse de su pusilanimidad. Las broncas de los públicos le habían colocado en el abismo del ataque cardíaco y, para mayor dolor, su suegra le insultaba en el hogar haciendo frases bastante gordas sobre su consuetudinario ridículo en los ruedos. El *Litri de Colmenar de Oreja* había ya pensado en el suicidio, en hacerse fraile, en algo terrible que le liberase del martirio, en subir al cielo espontáneamente y sin que le empujase un albaserrada hacia el consabido éter.

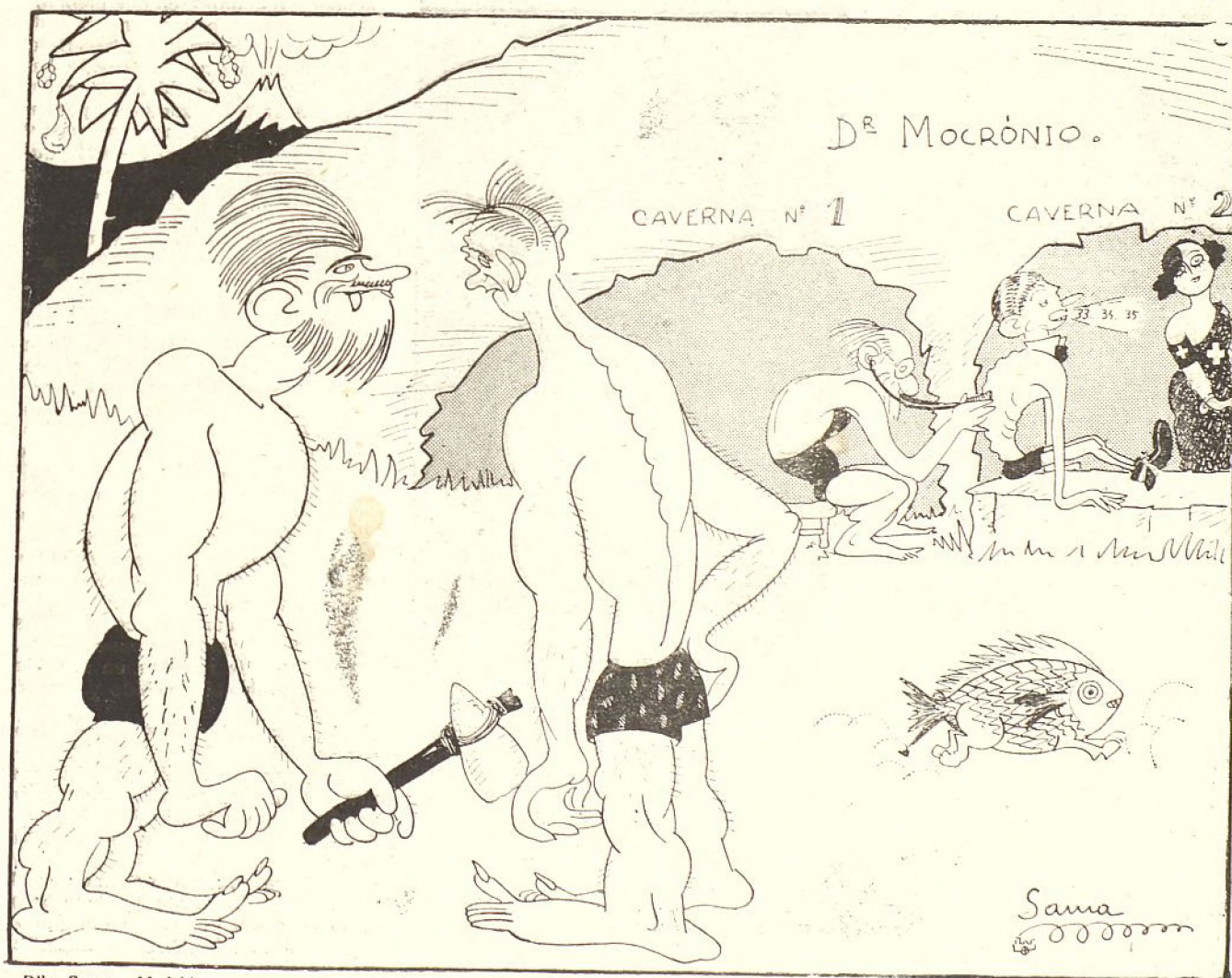
Pero, ¡ah!, en este desesperadísimo caso el doctor Fernández realizó la más inconcebible de sus curaciones por sugestión. Se limitó a concurrir a las corridas en que el *Litri de Colmenar de Oreja* tomaba parte, y en el momento supremo hacía que el diestro viese en la cara del toro la fisonomía de la suegra. El resultado fué

mágico y magnífico desde el primer día. El *Litri*, al ver a su suegra enfrente, se perfiló, lió en corto y arreó a la fiera un sopapo que fué una sencilla bestialidad. Y esto se repitió en cuantas corridas tenía contratadas, y acaba de repetirse la semana pasada en el repetido Colmenar de Oreja, que es el pueblo natal del fenómeno, pueblo donde hace poco le negaban la sal y el Lozoya y donde en la corrida que menciono le dieron una ovación, le dieron la oreja y no le dieron el Colmenar completo por un verdadero milagro bíblico.

¡La ciencia es una cosa formidable, amigos míos!

¡Viva el doctor Fernández; y, como dijimos al principio, muera su padre que no le legó un apellido más fosforescente!

ERNESTO POLO



Dib. SAMA.—Madrid.

EN LA EDAD DE PIEDRA
—Dice el Doctor que estoy tuberculoso.
—No hagas caso; él tiene dos cavernas y está tan contento.

BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS.

Preparando campañas.

Isabelita Barrón ha entrado a formar parte de la Compañía Alba-Bonafé en calidad de primera actriz.

BUEN HUMOR debe ir participando a su distinguido público los variantes y formaciones que tienen lugar en esta época. A nosotros nos parece que con el o hacemos uno de los beneficios mayores que puede hacerse a un público. Todo ciudadano escribe para el teatro mientras no se demuestre lo contrario; consecuentemente, viven hoy unos cuantos de miles de personas con la pluma de Damocles suspendida sobre este o aquel teatro. Ya nadie comete la imprudencia de escribir una obra para el teatro, así, en general; sino que la escribe para este teatro o para aquel. No hay otro medio: si se piensa al escribir en que la obra sea buena, resulta que no cae dentro del género de casi ninguno de los teatros que funcionan normalmente y no encuentra acomodo la obra en ningún lado. Tampoco halla acomodo, la obra, aun cuando se ajuste al género de tal o cual teatro, si no tiene papeles que vengan a la medida de las personas que componen la compañía. Son exigencias naturales de la realidad que pueden olvidarse y que olvidan los que no están avezados a los detalles de la práctica. Por eso creemos que, hoy por hoy, no puede, una sección teatral, ofrecer mejor servicio que el de proporcionar a los lectores una especie de falsilla, plantilla, pauta o estorcido para que vayan, con arreglo a ella, confeccionando su obra próxima los autores que lo deseen.

Ya saben, pues: primero en el Reina Victoria; luego en El Alkazar, actuará durante toda la temporada, una compañía a base de Irene Alba, Juan Bonafé e Isabelita Barrón.

Añádase que en la obra deberá haber papeles para un galán joven, para un galán cómico y para alguna primera dama guapa.

Yo, por ejemplo, sé ya lo que debo hacer: la Señá Irene, una viuda, vistosa, guapa, decidida, castiza ella, metida en carnes toda ella y cortejada por el señor Juan que quizá por lo flaco

que le ha hecho Dios está necesitando meterse en carnes también y puesto a meterse en carnes le parecen las de ella las más a propósito.

Será zapatero, porque los de su oficio son dicharacheros, y este debe serlo:

—Oiga, Señá Irene, —dice él, por

venga un par y, si pue ser, puestas... en casa.

—Unas medias... en tó lo alto es lo que a usted le hace falta...

—Prefiero las medias... de abajo.

—¡Ay!... Se iba usted a quedar más flaco de lo que está...

—Pues entonces... las medias-noches... que son alimenticias.

Por ese camino se puede seguir indefinidamente. No se apure el autor; digan lo que digan, Irene y Bonafé, lo dirán con gracia. No hay, pues, que pensar en eso. Hay que pensar, en cambio, en que Isabelita Barrón está de primera actriz y de que el galán joven ha de hacerla el amor necesariamente. Puede ser hija de Irene y la chica ver mal el cortejamiento del zapatero, porque por ese camino acabará su madre dándole un padraastro y —es lo que dirá alguno en la comedia— «tener un padraastro duele mucho.»

También puede ser hija de Bonafé... Mejor esto, porque no conviene que Irene se haga antipática a la gente. Siendo hija del zapatero puede hacerse para Isabelita un papel precioso: hija de viudo, abandonada, teniendo que ser ella el ama de la casa y teniendo que defenderse sola, mal aleccionada por el ejemplo del padre, de las asechanzas del galán. El galán será *El Marchoso*, por ejemplo, un gavilán de barrio, que puede ser por añadidura tore o, y que va siempre acompañado por su peón de confianza, «El rey del narcótico», pongamos... Este —que será Cavá, castizo si los hay; o será Hidalgo, no menos castizo— dará a su compañero lecciones de faena amorosa en términos taurinos... Primero un pase natural, luego uno de rodillas; en seguida uno de pecho bien ceñido y... atracarse...

Será conmovedor ver a Isabelita con su carita de ángel, su voz de niña buena, su inocencia y su abnegación para sufrir los tormentos del zapatero, ir cayendo en las redes del Marchoso.

La señá Irene da achares al señor Juan, y éste ahoga las penas en vino y se desahoga atizando palizas con el tirapié a Isabelita. Esta se desespera tanto que decide irse con el Marchoso.

—Es un mal hombre—le dicen—



ISABEL BARRÓN
Primera actriz de la compañía Alba-Bonafé.

ejemplo— es usted el específico indicaco pa un servidor. Pre-únteselo al médico. «El flaco de usted —me ha dicho el Doctor— está a la vista: es un flaco que se cura con carne de falda.»

—¿De qué la prefiere usted, de cadera o de... cuello vuelto.

—Media ración de codo.

—Y que lo diga: ¡a media ración va usted a quedarse!...

—En siendo de usted las medias...

Pero ella contesta, moscando las lágrimas, desesperada de la vida, más que enamorada:

—Y qué más da... Tos los hombres son malos.

Aquí viene una de las varias ovaciones que interrumpirán la representación. Todo es—como se ve—de mucho efecto y de esas cosas que se están viendo todos los días. La verdad misma.

En el momento en que Isabelita va a marcharse de su casa con el Marchoso, la Carmen, que es la actriz guapa, planchadora, verbigracia, se decide a ir en busca de la señá Irene para decirle su secreto: el Marchoso la ha perdido, pero no puede acusarle porque no quiere pregonar su deshonra. Una escena que ¡vamos!...

Irene, al enterarse, se conmueve toda se terció el pañolón y lo que se terció y terció en el asunto para impedir el mal tercio, o sean los dos malos tercios—que hacen un mal sexto—que el Marchoso quiere hacerles a la una y a la otra... ¡Qué escena más bien!

O ¡qué escenas!; porque de aquí sale casi un acto. El galán cómico es un tímido que ha estado durante la obra toda haciendo el amor a Isabelita, inútilmente porque no se atreve a declararse por derecho. La sería Irene le coge por su cuenta y le despierta a sacudidas diciéndole que se las tiene que entender o con el Marchoso... o con ella ¡que es mucho peor! Después de esto, la señora Irene va al zapatero y le cuenta todo lo que está a punto de pasarle a su hija, por el abandono de su padre.

El señor Juan se conmueve, jura no beber más y le dice a la señá Irene:

—Usted tié la culpa... Un hombre es como un árbol sin agua, se pierde... A mí me falta el agua y... ¡claro! me dediqué al vino... Si usted quisiera...

Ella, entonces, quiere:

—Me casaré, hombre... nos casaremos... Siquiera, para que la chica tenga padre.

—El padre soy yo.

—El padre y la madre seré yo... Y tú serás... lo que yo mande...

El galán cómico llega con la chaqueta y la corbata del Marchoso: ha nuído dejándole en la mano lo que el otro no soltaba. El rey del Narcótico viene a rescatar siquiera las papeletas de empeño de unas prendas que hay en la cartera del Marchoso. La señá Ignacia le dice:

—No, que venga; que tiene o'ra prenda empeñada y... se las tiene que ver conmigo.

Este es el truco final: la Carmen había tenido un hijo del Marchoso y no lo sabía nadie. El Marchoso, al saberlo, se vuelve bueno y se casa con Carmen. Isabelita se casa con el galán cómico. La señá Irene se casa con el señor Juan que exclama, dirigiéndose a ella:

—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho; y eso que el pecho... ¡hay que verle!...

Así, bien repartidas las lagrimitas y las gracias, no falla nunca.

Téngase en cuenta, por último, que la compañía puede salir a provincias y que suelen ir a Valencia y Barcelona.

Tiene, pues, que haber alguna frase que diga:

—Ahí la tienes, de Madrid tenías que ser... ¡Viva Chamberí, San Cayetano y la Cibeles!

Y esta frase deberá cambiarse y decir en Valencia:

—Esas son las naranjas de la Huerta... ¡Viva Fleta!

Y en Barcelona:

—¡Bendita sea la Bonanova, mare nueva!

Garantizamos por tres años las representaciones.

Sigue en Francia la hora española.

Claude Farrere, el marino y novelista ha publicado un cuento largo o novela, delicioso de humor y de estilo. Pero esto es lo de menos para el caso. Nosotros ahora sólo queremos dar la noticia de que el protagonista es español y se llama D. Juan Guadarrama.

Véase un apellido que le faltaba a don Juan y que parece puesto por nuestro Muñoz Seca. No faltará quien diga que D. Juan y Guadarrama viene a ser un pleonismo o, dicho a la pata la llana, albarda sobre albarda.

Tranquilícense, sin embargo, los lectores; no se trata de un fresco; se trata de un hombre elegante, espléndido, enamorado, desde luego, pero mucho menos fresco, con sus cuarenta y tres años «corridos» que la francesilla de diez y nueve que en la novela le cae—o cae, simplemente—en suerte.

Francia tiene para nosotros en la «hora de ahora» toda clase de atenciones y el Guadarrama de nuestro compatriota no aparece en la novela como personaje de frescura. Al contrario; en la novela se dice lo que sigue: «Los franceses tienen fama de galantes; pero los españoles son los hombres más galantes de la tierra.»

Nuestro querido Guadarrama deja el pabellón bien plantado, y no contento con eso manda a la dama, *al día siguiente*, 144 rosas—así lo especifica el autor presente tan espléndido que la dama contesta con otra flor de aroma francés digno del regalo recibido: «Gracias, ante todo—le escribe la dama—, por tan espléndidas rosas. En Francia no es corriente regalar ramos tan suntuosos, pero cuando las exageraciones vienen perfumadas, no hay nada que decir.»

MANUEL ABRIL

EPIGRAMAS

DE

“BUEN HUMOR”

En alta mar cierto día
tuvo un barco una avería
por culpa de un abordaje,
y pasó un miedo el pasaje
que era un miedo que se olía...
Y en medio de aquel belén
gritó el marino Senén:
¡El barco está haciendo agua!...
Y el pasajero Luis Fragua
dijo: ¡¡Y nosotros también!...

...

El juez Facundo de Dios
procesó al mudo Román
y éste buscó con afán
de intérprete a un tal Amós.
Y al encararle el servicio,
por señas le dijo así:
¡Cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí!...

...

Anunció el *Fausto* en Gandía
un empresario jumento,
y en los carteles decía:
¡Magnífica compañía!
¡El *Fausto*! ¡¡Acontecimiento!!...
Llegó por fin el momento
de la función y, ¡oh, dolor!,
resultó tal esperpento
que el *fausto acontecimiento*
fué una paliza al tenor.

...

Se ha ido a Deva Paco Trueba
dejando a su sastre Cueva
una cuenta nada leve.
El sastre dice ¡que debe!
y el deudor dice ¡que Deva!...

...

A Rusia marchó Pestaña
a estudiar el comunismo
para ver si aquí en España,
con un poquito de maña,
podía hacerse lo mismo.
Lo estudió serenamente,
observando atentamente
sus aspectos pintorescos.
¡Y consiguió solamente
saber que en Rusia están frescos!...

...

La mujer de Blas Donoso
que es una torcaz paloma,
le engaña con un *gomoso*
pero él no cae en la broma.
¿Y quién le dice a este esposo
que se la pegan con goma?...

NÉSTOR O. LOPE

EL PICARO OFICIO

NO ALABE USTED A NADIE

Querido compañero bísfoño; estimado colaborador espontáneo; amigo grafomano; camarada garrapateador de cuartillas; permítame un desahogo, ahora que la ocasión se presenta: no alabe usted a nadie. Puesto que es usted joven, métase con los viejos, como acaba de decir con dulce y dolorosa ironía el maestro «Azorín» en su reciente libro «Los Quintero y otras páginas». Puesto que usted no toma todavía bicarbonato, arremeta contra todo y contra todos. Puesto que principia usted el duro y espinoso y difícil calvario del escritor, insulte al primero que se le antoje, citando su nombre, apellido, residencia y demás circunstancias personales; pero, por lo que más adore en esta nauseabunda vida, no elogie a nadie. Ser co nedido, buena persona y discreto, es el negocio más desastroso que puede imaginarse.

Mientras usted, por desconocido, siga siendo un candidato presunto a la malignidad y la bellaquería, todo el mundo le cotizará, le tendrá en cuenta le adulará con sonrisas y palmadas. Usted puede algún día hacer daño, y esta perspectiva suele constituir un mérito como otro cualquiera. Pero en el momento en que le «calen» a usted, compañero, ya puede ir redactando sus disposiciones testamentarias. Es usted un cadáver, una piltrafa social, un cero que hiede a siemprevivas. ¡Bah! —se dicen entre sí los cucos o los granujas.— Ese Fulano es tonto cabal; apeseta de puro inofensivo. No hay que contar con él. Se le maneja como a un pelele; no va a ninguna parte. Que le suministren una abundante cantidad de morcilla».

El hombre excelente es como una cruz en una verbena... Se lo declaro a usted, compañero, sin hiel ni vinagre, con la evangélica conformidad con que podría decirle que no fumo o que me entusiasma la pianola.

Y, si me atrevo a recomendarle que no elogie a nadie, no es con el ánimo de que le teman, y, por lo tanto, le consideren, sino por razones más humildes y sanchopancescamente deméstitas; porque le dejen en paz. A mí, por ejemplo, aun siendo una de las medianías más ineficaces de este mundillo literario, me ha salido un callo en la sesera, por hallarme sometido desde hace años al régimen singularmente abrumador de contarle al público mil cosas que le tienen, a fin de mes, sin cuidado. Procuré, muy a menudo, hallarlo todo, como nietezuelo del doctor Pangloss, admirable, deleitoso, fácil y bello. ¡Ay! Mis desventuras proceden de esta lamentable predisposición optimista. He alabado mil cosas; las aca-

cias, las mesas camillas, los gorriones, los merenderos de la Bombilla, los grillos, las primeras patatas fritas, las blusas transparentes, los balcones de



Dib. MONDRAGÓN — Barcelona.

—*Resulta muy poco entretenida su compañía, Roberto. En toda la noche no ha abierto usted la boca ni una sola vez.*

—*Perdone usted, señorita; usted no me habrá visto, pero he bostezado dos veces.*

los pisos terceros, los días de sol, la verde enramada y el murmurador arroyuelo... Oculté, como un delito, la bi- is que por clasificación me correspondía en el reparto fisiológico-profesional, y, extendiendo mi ingenuo amor a los danzantes que por el mundo bullen, y estorban, y echan zancadillas y desfilan veneno, me expresé acerca de todos ellos lo mejor que pude. ¡Cuán estéril labor! Una vez hablé, en una croniqueja, de ese buen señor que en abril sale a darse una vueltecita solo, y al día siguiente recibí una carta repleta de insultos y alusiones desagradables para mi familia, firmada por «Un caballero que se pasea, y no hace daño a nadie.» Otra vez corcuscí un ditirambo en honor de las rubias. No me escribió ninguna rubia para agradecerme, pero sí llegó a mi poder una carta; ¡y violentísima de una morena, reprochéndome mi escasa galantería. Hablé, en cierta ocasión, con hiperbólica amabilidad, de unos estudiantes de la calle Ancha, y el correo me trajo un mensaje, redactado con la sintaxis más grosera, por unos escolares de la calle Atocha. Aplaudí a los saineteros que hacen reír, y me enviaron un pleamar de dicterios los dramaturgos que hacen llorar. Compuse toda una novela corta para encarecer la sabrosa temperatura de la playa X, y los de la playa Z me dirigieron un memorial rebo- sante de calificativos poco delicados para mis progenitores, que en paz descansen. En mi archivo de cronista ramplón guardo, ¡oh, mi malaventura! más protestas que gratitudes. Siempre que me atreví a hablar de los ruiñes, cayeron sobre mí los sapos. Por cada gorjeo que consagré a las mujeres bonitas, mientras éstas callaban, me en- sordecieron con sus apóstrofes y silbidos las menos guapas...

No existe oficio tan terrible como este de emborronar hojas por un lado. Se lo aseguro a usted, joven colaborador espontáneo. Proporciona más anónimos que cheques, y contribuye decisivamente a que su propia familia pierda la fe que antaño le otorgaba. Todo lo que no sea esgrimir una gan- zúa, una estaca, una bomba, un bom- bo, y disfrazarla convenientemente de pluma estilográfica, es perder el tiempo y ganar fama de simple, que es la peor complicación social, amorosa y literaria que puede deseárselo a su enemigo la gitana más maldiciente del mundo. Compañero novel: se lo juro por la salud de mis hijos, que, aunque muy aficionados al «fút-bol», son lo que más quiero en esta vida...

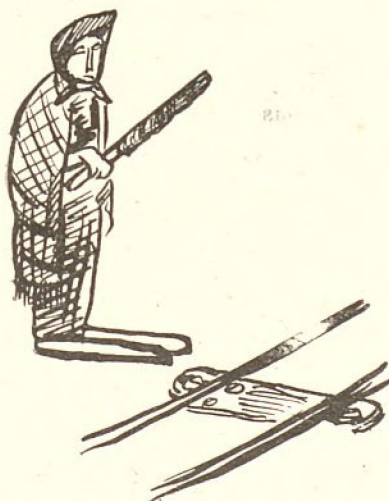
E. RAMÍREZ ANGEL

EL GESTO DE LOS BANDERINES

A través de mis viajes he observado muy mucho los gestos de los guarda-agujas o guardabarreras, y ya puedo extenderme en la explicación de su psi-



cología. Sirva este estudio para la Junta de Pensiones, que no me ha dado nunca ninguna pensión. Esto sí que es ampliar estudios en el extranjero y lo demás es tontería.



Hay banderines verdes que son como una cosa histórica que yo mandaría colocar en el más bonancible de los museos, en el menos involucrador, en

el «Museo histórico de lo que no ha sido heroico».

Esos banderines verdes no sólo propalan que la vía está libre, sino que dicen también en qué disposición de ánimo se encuentra ese pobre hombre o esa pobre mujer que los enarbolan.

—Mucha hambre y poco dinero— dice ese hombre flaco y que mira de través.

—Estoy ya de siete meses y el último pequeñín no tiene aún diez meses— dice esa mujer chiquitita envuelta en un mantón color de mal tiempo y cuyo banderín tiene la posición de la resignación.

—Soy una moza garrida que quisiera un novio que me llevase por el mundo...— dice esa bandera reverdecida, cuidada, cosida con el esmero de un delantalito.

El guardaagujas viejo presenta con aire decadente, decepcionado, flojo, el banderín que viene usando desde su juventud, siendo como un viejo granadero de Napoleón de los ferrocarriles.

Esa niña, que ya sabe la responsabilidad del banderín, se presenta, sobre todo, frente a los trenes de la mañana, pues para ella el deber de colegial es ése, protegiendo el sueño de su padre y el desarreglo de su madre a esa hora. Tiene la niña una cosa entre una pollita, esas de las que escarban alrededor del gallo, y algo silvestre de planta de maíz, de la que cuelga el pelo crespo de las panochas.

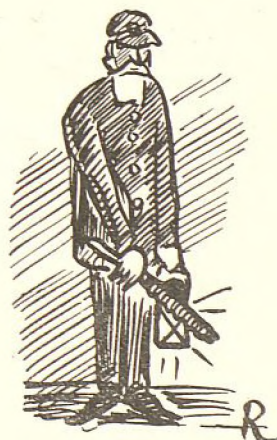
Pero hay una moza que es como la Gioconda del camino de hierro y que hace sonreír al tren con ese enorme rubor y bajo cuya nube presenta su banderín, tímida ante las doscientas miradas del tren. Es mucho rubor el rubor por todo un tren. La buena moza presenta el banderín como si fuese una vela rizada y sufre mucho en su sacrificio.

Hay un guardabarreras torero que da un pase de mulata a todo el tren y hoy al que los viajeros deben mirar embistiéndole. Lo hace con cierto disimulo para no ofender a nadie, pero se le ve la intención y la añoranza por

como se terciaba y hasta se pone de puntillas completando la gracia de la suerte con la otra mano vuelta con amaneramiento torero. Ese guarda-

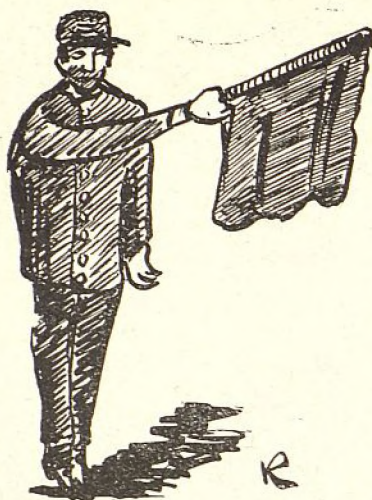


agujas es posible que sea un día el «Chiquito de Ferrocarriles» y para él no habrá toros de mucha alzada, ni cornilargos. El toreará con serenidad uno de esos bichos desgarrados que se parecen a los largos toros de circo movidos por dos hombres, el segundo de los cuales se retrasa mucho a los



embites del primero y dilata el forro del toro,

También hay una clase de guardabarreras feroz, al pasar ante el cual el



tren aprieta su marcha aterrorizado y los viajeros cierran las ventanillas.

Se da ese tipo de guardabarreras en los parajes más desiertos, donde la Naturaleza se muestra más calva, donde las piedras están siempre próximas a depeñarse y las grandes pelotas de fútbol en granito sólo esperan el primer puntapié del que ha de marcar la salida.

Ese guardaagujas tremendo, levanta el banderín verde como si fuese a dar un palo a todo el tren y como diciendo en sentido figurado: «Al que se baje en este kilómetro lo doblo».

El puño cerrado, pétreo, avieso de la mano izquierda de esos abanderadillos, completa ese gesto de amenaza declarada.

Frente a ese caso, todos apuntamos el número del kilómetro para no aventurarnos jamás por aquel paraje y rogamus a la Providencia que, si desca-



rrilamos, descarrilemos un poco más allá.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor)

MI VERANO

Cómo el calor aprieta
y apenas si en Madr'd queda un recreo,
preparo la maleta
y voy a comenzar mi veraneo.
Porque habiendo por ahí sitios a miles
en los cuales no actúa Santacana,
el pasar el verano en los madriles
es una tontería soberana.
¿Adónde, pues, oh, cielo,
señor y dueño del linaje humano,
voy a tender el vuelo
pues que pienso viajar en aeroplano?
Yo pensé en Guadarrama
donde es encantador el panorama
y es de bellezas manantial fecundo
y cuya justa fama
traspasó ya los ámbitos del mundo.
Pero de Guadarrama sé detalles
capaces de amargar mi veraneo,
¡que andar sueltos los bueyes por las calles,
bucólico será, pero es muy feo!
Quede la sierra hermosa
fuera de mi programa, y a otra cosa.
Y Santander, ¿qué tal? Una delicia
para quien tenga pasta y buena ropa,
pues tal es la noticia
que suele circular por toda Europa.
Es lo mejor del Norte;
es un sitio risueño y admirable;
mas desde que en verano hace de corte
se ha puesto insoportable.
Para mi veraneo no lo elijo,
no obstante sus bellezas peregrinas,
porque, ¿comer allí? ¡Ni el propio Urquijo
podrá hoy en Santander comer sardinas!...
No tengas, oh, lector, por cosa extraña,

si con dolor te anuncio
que a visitar renuncio
la linda capital de la Montaña.
¿Me iré a San Sebastián? La bella Easo
es un sitio ideal, esplendoroso...
¡Oh, qué San Sebastián! Pero es el caso
que aquello suele ser muy peligroso.
Es un pueblo divino;
brinda salud con su salobre brisa;
pero de su casino
salen, aun los más castos, en camisa.
Y según por el mundo se divulga,
no obstante tan preciadas maravillas,
¡hay allí cada pulga
que pica más que un par de banderillas!
Adiós, San Sebastián; no te visito
aunque la fama tu belleza abona,
pues, la verdad, maldito
lo que allí se ha perdido a mi persona.
Los Molinos es triste; Cercedilla,
no obstante ser un sitio de los buenos
no es una maravilla
para veranear ni mucho menos.
La Porqueriza sin cesar me llama;
la fama sus encantos diviniza,
y así la gente sin cesar exclama:
¡pero qué Porqueriza!

.....
Como no han de ofrecerme estos lugares
un veraneo grato,
aunque sudando a mare*,
he resuelto quedarme en estos lares
porque aquí se está fresco y es barato.

MANUEL SORIANO



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Qué casualidad, señor Damián! ¡Ha cerrado usted a la una en punto!
 —¡Qué va a ser casualidad! ¿No ve usted que hoy es domingo?

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL VIRTUOSO

Drama sin palabras, por Henry I ovis Mencken.

Personajes.—El gran pianista.—Seis críticos musicales.—Una mujer casada.—Una cocotte.—Seiscientos señoras —Once hombres.

(La escena se desarrolla en una sala de conciertos, un viernes por la tarde. Durante el drama no se pronuncia una sola palabra. Las frases que siguen no

son más que la expresión del pensamiento de los personajes.)

El crítico adiposo.—Con tal de que este idiota no ejecute muchos números fuera del programa...

Ciento cincuenta señoras.—Yo me pregunto si es, realmente, tan guapo como Paderewski. Esas horribles fotografías de los periódicos no dan ninguna idea de figuras humanas.

El crítico gastrálgico.—¡Como me haga perder mi *metro*, va a ver!

Uno de los once hombres.—¡Si dejaran fumar!

(Surge el virtuoso y saluda. Muchos aplausos. Se sienta al piano, se levanta y vuelve a saludar. Coloca los pies sobre los pedales y pasa un dedo por dentro de su cuello. Es un mozo de pelo rubio, tipo germano-húngaro-polaco-lituano-tcheco-eslovaco.)

La cocotte.—¡Oh! ¡Qué guapo!

Una señora casada.—¡Qué «chic»!

Una divorciada.—¡Oh! ¡Qué ojos tan grandes! ¡Cómo ha debido sufrir!

Ciento diez señoras.—¡Le besaría las manos!

(El virtuoso ataca una sonata de Beethoven. Se hace el silencio.)

La cocotte.—¡Adorable! Paderewski tocaba esto como si fuera un fox-trot. ¡Qué poesía!

El crítico sanguíneo.—¿Qué querrá decir esto de *con brío*? Tendré que mirarlo en el diccionario.

Una linda rubia.—¡Qué interpretación! Su alma debe estar torturada por la hermosura del temor.

El virtuoso, (tocando un pasaje difícil).

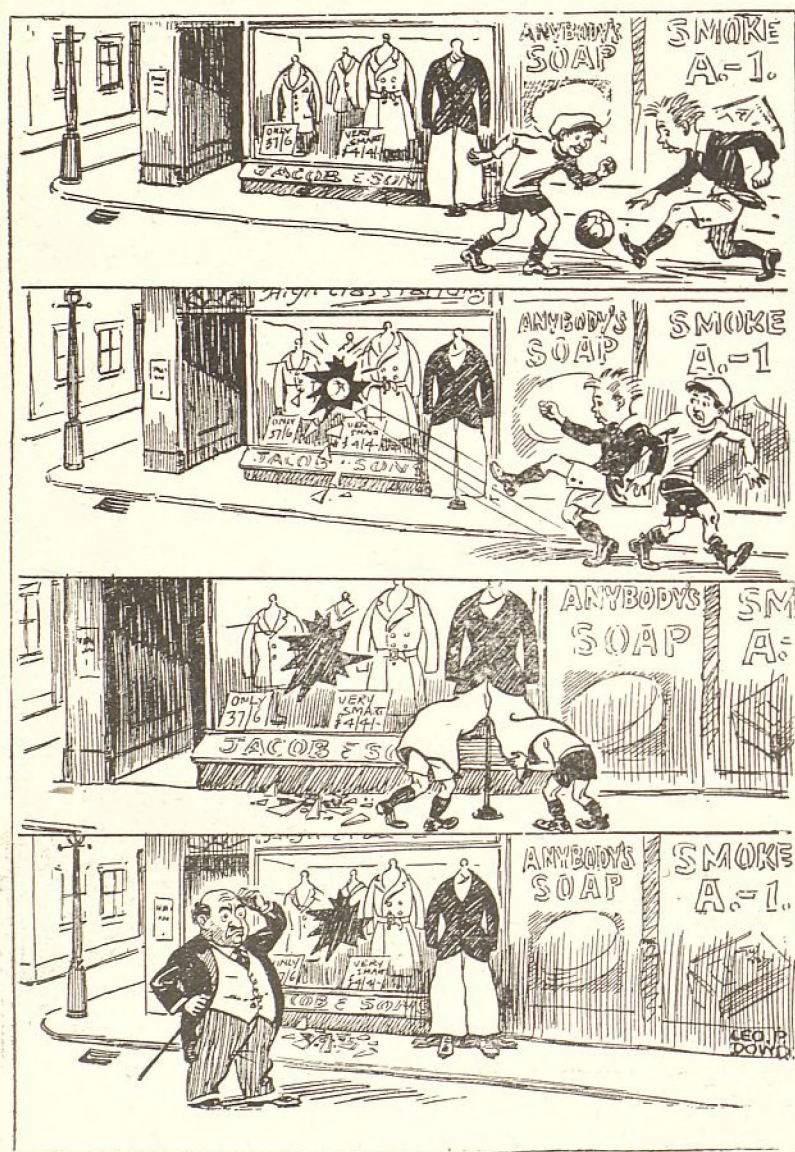
¡Esta cerveza americana es la mayor de las porquerías! ¡Y tienen el valor de llamarle «cerveza alemana»! ¡Qué bárbaros! (En su furia se le escapa un *do* sostenido y tiene que saltarse cuatro compases para recuperar el tono. Mira furtivamente al público.)

Cuatrocientos oyentes.—¡Qué virtuoso! ¡Es incomparable!

El financiero gordo y jovial.—Va menos de prisa que un caballo, pero lo hace mejor.

El virtuoso, ya tranquilo.—¡Qué suerte que no haya sido en Leipzig o en Munich! ¡Me hubieran abucheado! Pero allí, por lo menos, no son capaces de dar esta cerveza.

La cocotte.—¿Cómo envidio a la mujer que ame! ¡Ah, morir en sus brazos, lejos de las convenciones, de los prejuicios y de las mezquindades sociales!... El amor está más alto que todo, y el arte es el amor deificado. Me pare-



HISTORIETA SIN PALABRAS

(De The Pasting Show.—Londres).

ce tener el alma de una pagana que deshojara rosas en las orillas de litérea.

El virtuoso.—¡Pues, y la ensalada de arenques marinos! ¡Qué horror! Esta cocina americana me va a despertar la urticaria. Hay que tener cuidado.

La cocotte.—¡Quién sabe si mis pensamientos paganos no le alientan en estos momentos!...

El virtuoso.—¿Qué habrá sido de Fraulein Klara, en Dresde?... Me gustaba, tan colorada y tan rubia. ¿Por qué no me escribirá? Hacía un pastel de manzana verdaderamente formidable.

Diez oyentes tras.—Estoy segura de que le habrá cortejado en Europa más de una princesa...

¡Qué tentaciones para él!

(El virtuoso ha terminado el allegro. se levanta y saluda. Tempestad de bravos.)

El virtuoso, (saludando todavía). —Es curioso. Las salas de concierto americanas huelen a *caoutchouc* y a perro mojado. En Londres, se huele a jabón. En París huele a cuero y a lenjería... Bueno, vamos con el *adagio*... ¡Ach Verflucht!

El crítico nervioso, (observando el juego de pedales.)—Toca mejor con los pies que con las manos.

La Cocotte.—¿Comprenderá el inglés?... Pero ¡qué importa!... Mi amor será silencioso.

El virtuoso.—Hay una morenita en la segunda fila que no está mal... Demasiado delgadas todas, para mí. Las prefiero grasosas, como aquella arpista de Hamburgo... Se llamaba Fritz, me parece... Fritz Meyer, o Schmidt... Le pondré una postal.

Cinco oyentes pasmadas.—¡Si Beethoven pudiera oírle, lloraría de felicidad!

(Termina el adagio. Segunda tempestad de bravos.)

El virtuoso, (sentándose).—Y ahora este condenado *scherzo*... Vamos con él... ¡Cómo huele a perro mojado!

El crítico artífice.—Demasiado lento.

El crítico linfático.—¡Qué velocidad!

El virtuoso.—Vaya... (Acaba de ejecutar un trozo cromático.) Es una desgracia tener que valerse de trucos como este para ganarse la vida!

La cocotte.—¡Qué pasión! Su alma desciende a sus dedos divinos.

El virtuoso.—Este *scherzo* encanta a las mujeres. La morenita de la segunda fila va a poner los ojos en blanco... Mira... escucha... (Ataca a ciento por hora el final del *scherzo* y provoca un ciclón de aplausos.)

El decano de la crítica. — ¡Hola! ¡Hola!... Parece un cubo que rodara por una escalera... Esto es cubismo musical... En 1867, le hubieran silbado.

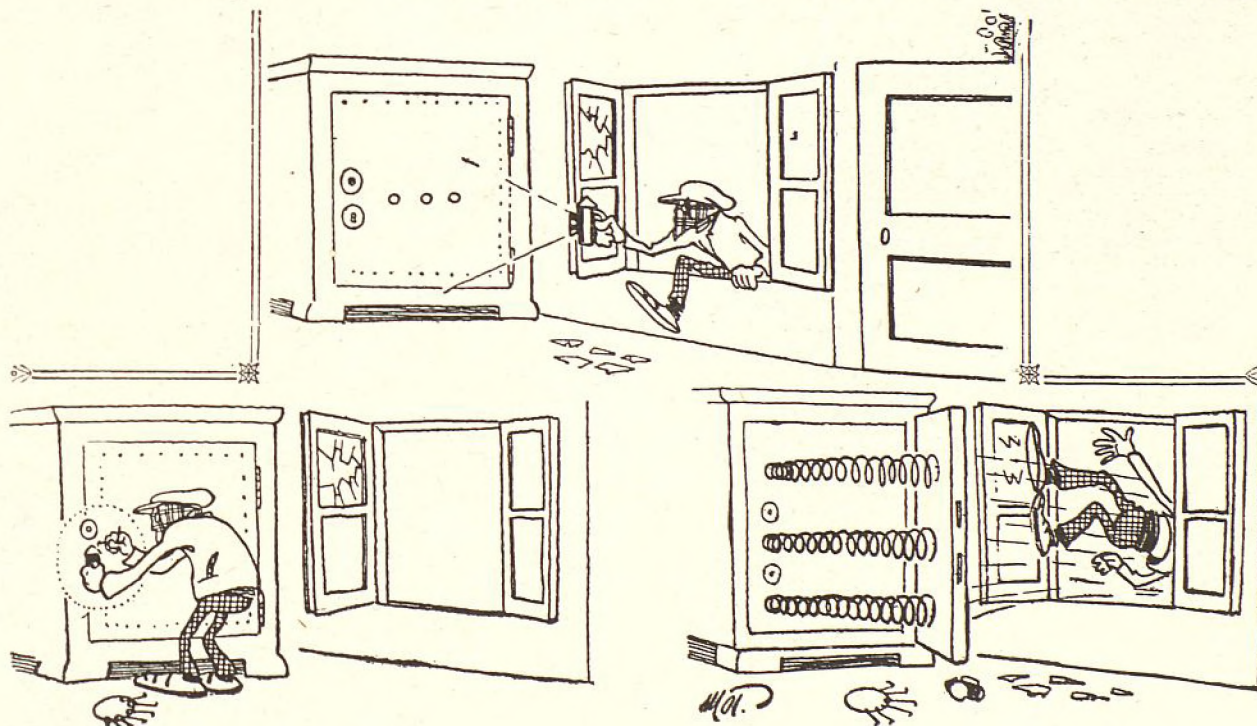
El virtuoso.—Es necesario que gane 30.000 dólares en esta *tournee*... ¡Qué ladrones son los empresarios!... 30 por 100... viajes pagados... ¡Y qué cuentas de hotel!... Los yanquis tratan bien a los artistas... Me compraré una villa en Viena y criaré conejos... ¡Qué sed! ¡Y con la de cerveza que tengo que beber todavía!

(Suenan los últimos aplausos. El virtuoso se retira.)

La morenita de la segunda fila, (la garganta seca, las manos húmedas.)

¡Dios mío!... ¡Parece que acaba de mirarme!

A. R. H.



CAJA DE CAUDALES A PRUEBA DE LADRONES

(De Pê'e Mêle, París.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Balsicas. Bilbao.

De Sonata calificas a tu estrepitosa lata.

¡Y no hay derecho, Balsicas! ¡Me has dado la gran sonata!

Bazin — ¡Quítese usted la zeda, que en seguida le enviaremos la letra que debe sustituirla!

J. de T.

Mi amada exhaló un lamento y en mis brazos quedó inerte...

¡Caramba, cuánto lo siento! ¡Tuviste muy mala suerte! Porque mira que morirse la muchacha cuando estaba ya decidida a ha-

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

cer contigo una barbaridad... ¡Es para tirarse de los pelos, qué demonio!... ¡Cuándo te verás en otra!...

A. M. L. M. Madrid. — Escribe usted con vistas a la hedionda cárcel. ¿No calcula usted que, en cuanto se publica eso, ingresaba usted pero que volando en la acreditada chirona?... ¿Por qué no se mete usted con Romanones, que ahora no tiene influencia?...

R. F. V. San Sebastián. — Su artículo comienza diciendo: «Heliodoro empezó a dar cabezadas...»

Y usted a ponérselas, para ver cuál le sentaba mejor, ¿no?

L. P. C. Barcelona. — ¿Un poema en seis cantos y firmado por un adonquía?... ¡Horror! ¡Es demasiada piedra para nuestra debilísima constitución física!

E. G. E. A. Madrid. — Al cesto, con permiso de usted.

Azafrán III. Madrid. — Es usted un deplorable observador, amigo y dilecto compañero. Dice usted tan tranquilamente que no conoce un solo ser que no hable en prosa. Y está usted lastimosamente equivocado. El elefante, la pulga, el langostino y el ratón, por no citar más, no hablan en prosa y son tan seres como usted. ¡O usted es tan animal como ellos, si le parece mejor que lo digamos así!

T. S. J. Valladolid. — Su cuento bellísimo, pero nosotros no nos tan burros que no comprendemos su belleza. ¿Por qué no lo envía usted a *El Debate* donde toda efervescencia litúrgica encuentra eco? ¡Puede que tampoco se lo admitan, pero que se lo admiran como merece, es viejo!... ¡Ah, y el cuento también es viejo!... a pesar de ser admirable y teológico!

H. P. R. Madrid. — No le llamamos a usted café por no ofender a los dignísimos e integérrimos habitantes de Cafrería, entre los cuales tenemos muy buenos amigos y admiradores.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Cabotín. Madrid. — Hemos admitido, en un rapto de enajenación mental, su siderúrgica composición ¡Que sea enhorabuena y que pase usted felices pascuas!

Servidor. Madrid. — Un servidor tiene el honor de decir a Servidor

que su artículo no sirve. Pero como suponemos que Servidor servirá, porque sino serviría no sería Servidor, quiere decirse que no todo está perdido.

I. H. I. Valencia.

Tu *Panorama de Grecia* tiene poquísima gracia.

Y hoy una cosa tan necia no te lo aguantan ni en Tracia.

Y mucho menos en Burgos y en la provincia de Teruel, donde tenemos unos cuantos suscriptores que se ponen furiosos por la menor cosa, por cuya razón lo tuyo les pondría frenéticos y paroxísicos y seguramente se armaría la obesa.

En Cádiz, caros oyentes, con Licor, para los dientes, del Polo, limpia Fuencisla las bocas de sus parientes y las bocas de la isla.

CH Madrid. — ¡Eres un pelmazo con incrustaciones de estupidez y adornos de anemia fosfórica! ¡Que te vea el médico! ¡Y que nosotros no te veamos más por aquí!

Pío. Madrid. — Rechazado hasta la muerte.

Vallente — Tendrás valor como individuo arrojado, pero como escritor eres una birria de valor.

E. de A. Madrid. — Si nos prometes no volver a empuñar tu péñola criminal, te pagamos un *bisté* con una arroba de palatas en el poético café de San Isidro.

Sor Dorotea. Madrid. — ¡Que Dios no le tome en cuenta su nefando pecado literario, hermanita!

Lulú. Madrid. — Se publicará uno de sus dibujos, pero con otro pie. A los pies de usted, señorita, les falta un poco de picardía, y claro está que nos referimos a los pies simbólicos, porque a los otros les dedicamos todos los *oles* de que disponemos y todos los alaridos que somos capaces de emitir en tres minutos en elogio de la belleza básica de la mujer.

Jaime. Alcorcón. — No nos gustan los trabajos lacrimosos. Y aunque en Alcorcón sea costumbre hacer pucheros, usted debe prescindir del sollozo o no escribir para *Buen Humor*. El dilema es sencillo. Por supuesto, aun no escribiendo para este semanario, no debe usted llorar. Eso no está bien que lo hagan los hombres. Se ríen mucho luego los amigos y los transeúntes, y uno no saca nada, más que sofocarse en tonto.

Sisenando. Madrid.

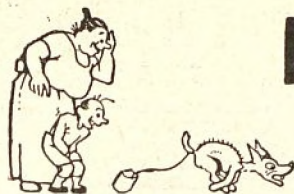
Al cesto han ido rodando los versos de Sisenando. Hablan de noches de bodas y tienen frases muy *godas* que aún me están ruborizando.

CUPÓN

Correspondiente al núm. 195 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Un individuo que solicitó un empleo va a ver, con este objeto, a un banquero.

—¿Es usted casado?

—No, señor. Si lo dice usted por los arañazos que llevo en la cara, esos provienen de que me afello solo.

M-Z.-68.

—¿Cuál es el colmo de un guaranicionero.

—No tener correa.

M. Gutiérrez.—Escorial.

Un Viernes Santo encontró un amigo a otro en estado de embriaguez y le interpeló diciéndole:

—Pero, ¡hombre, en un día como éste!

—¿Qué quieres que te diga? El día en que la Divinidad sucumbe, no tiene nada de extraordinario que la humanidad se tambalee.

Yo.—Valencia.

Uno (sacando un librito).—Pues pon tabaco en este papel.

Pipo.—Melilla.

En un examen.

El maestro.—Que nos diga Juanito qué edad tenía Napoleón cuando murió.

El alumno.—Por lo que tengo oído, no debió pasar de veinticuatro horas, porque todo el mundo dice que era el hombre del día.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

El enfermo.—Oiga doctor, ¿pero se puede saber qué es lo que tengo?

El doctor.—No tenga usted prisa, hombre. Ya se le dirá cuando se le haga la autopsia.

Cubita.

—¿Cuál es el colmo de una fregatriz ilustrada?

—Elevar la bayeta al «cubo».

Cesarina Pedraza.—Madrid.

Un baturro se para ante el escaparate de una sombrerería en el que

Si queréis estar muy majas, leer esto, os interesa, no existen corsés ni fajas, como los de Casa Presa.

Sostén pechos «Ideal»
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

se ve un letrero que dice: «Pajes a 10 pesetas, y dice:

—Qué caro cuesta aquí mantener un burro.

Luis Arenas.—Madrid.

En un cuartel.

El sargento pasa revista de armas.

—¿Con qué debe limpiarse el fusil?

—Con una bayeta—contesta uno.

—Con aceite—dice otro.

—¡Imbéciles!—exclama el sargento.—Las Ordenanzas previenen que el fusil debe limpiarse con mucho cuidado.

Pitazo.—Madrid.

—¿De qué pueden disfrutar los militares y los madrileños?

—Del Retiro.

Tomasita Linares.—Madrid.

ello y cuando iban en el tren para el balneario hay un choque de trenes en que muere la mujer de Arzamendi, y la hermana y la madre del amigo quedan heridas. Arza pone un telegrama a su amigo, que dice:

—Morta-Adela. Viva tu mare. Viva la Pepa.—Arza.

José Bacála.—Jerez.

Interrogatorio.

El juez (al acusado).—¿Por qué le pegó usted una puñalada en el corazón al pobre ciego?

El acusado.—Porque siempre he oído decir... ¡ojos que no ven, corazón que no siente!

R. P. Hito.—San Sebastián.

Entre andaluces.

—Oiga osté, compadre; hay en mi tierra unos arbaricoques tan gordos como la cabeza de osté.

—Eso no es nada, compadre Bartolo, comparao con lo que hay en la mía.

—¿Y qué hay en su tierra de osté, comparito e mi arma?

—Pos mire osté, compadre: hay unos malacatones que mire osté si serán gordos, que en la dosena no caben más que seis.

F. Martín.—Madrid.

ALLEGRES FOTOGRAFÍAS CURIOSAS
Surtidos incomparables, 5 y 10 pías.
Giro o sellos:
Agencia artística LUX
APARTADO 126 MADRID

En el pueblo.

—¿Qué te ha parecido Madrid, hijo mío?

—¡Ay, padre! ¡Qué capital! ¡Qué capital... hace falta para poder vivir allí bien!

Carlos Atienza.

—¿Por qué cuando Tina de Lorenzo viene a Barcelona hace faenas caseras?

—Porque aquí barre-tina.

Figarete.—Barcelona.

Entre dos amigos.

Uno.—¿Sabes escribir?

Otro.—Sí.

Cesáreo Alonso
Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.
Talleres propios. Precios económicos.
Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

—¿Por qué los bancos del Congreso son tan anchos?

—Porque estaba García-Prieto.

Martínez Verdejo.—Valencia.

Entre dos amigos que están oyendo la radio.

Uno de ellos tiene sólo un auricular y el otro tiene dos. El primero le dice al otro:

—¿A que no sabes por qué yo oigo peor que tú?

—¿...?

—Porque por un oído me entra y por otro me sale.

M. C. M.—Madrid.

Había en un pueblo un hombre apellidado Arzamendi y los amigos, para abreviar, le llamaban Arza; la esposa se llamaba Adela.

En agosto iban a tomar unas aguas a un balneario y se encuentran en la calle, pocos días antes de marcharse, a un amigo con su madre y hermana, diciéndole éste que si tiene inconveniente en llevar a su madre y a su hermana Pepa a tomar las aguas; el amigo accede a

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

—Oye, Fanny, ¿no te bañas ahora?

—No; porque aún no he hecho la digestión.

—Anda, tonta, ¿y por qué no la haces?

Jovi y Naina.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

Agencia para la venta de BUEN HUMOR
en TAMPICO (Tamps) MÉXICO D. Hermenegildo David G., Apartado núm. 50



EL AUTOMOVILISTA.—Perdone usted. Tengo aún poca práctica...

LA VÍCTIMA.—¿Poca, y me cogió usted al primer regate?

(De London Opinión, Londres.)

INDRA PERLA
LA CASA MÁS SURTIDA
AL TODO DE OCASIÓN
FUENCARRAL, 45

FÁBRICA DE LUNAS
Y ALMACÉN DE CRISTALES
BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO
F. FERNÁNDEZ
FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial **LOGROÑO**

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Hay ascensor.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. ZAPATA.—Madrid.

MALA INTERPRETACIÓN

- ¡Oh! Siempre que veo unas pantorrillas así me acuerdo de mi juventud.
—¡Cómo! ¿Tuvo usted las piernas bien hechas?

Ayuntamiento de Madrid